

HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 665

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península una peseta al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.

Comunicados á precios convencionales

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

VIERNES 25 DE MAYO DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id. id.
En primera. 00'30 id. id. id.

Administración: Saavedra Fajardo, 18

Castelar

(EN EL PRIMER ANIVERSARIO)

Et post hoc decedit in
lectum et cognovit quia
moretur. (Machab. li-
bro 1, cap. 1.)

Almo espíritu que asocia por lo infinito y transparente sus impalpables alas en las llamaradas vividas de los soles que ruedan cadenciosos como una música y se baña en un divino éter que circula animando la Creación y se embebe con las bellezas arquitectónicas que en los senos de Dios se esplendoran y fluyen y se reflejan; y barro toso, si, muy toso, que se deshace empujando en las tribulaciones de la propia materia, mudable por ser de naturaleza finita, finita por ser humana, humana porque siempre han de encarnarse las almas en las formas perecederas del organismo físico corruptible.

¡Pobre Castelar! Cayó muerto el coloso; pero aun siento palpitante su inmenso espíritu, henchido maravillosamente todo él de inmortales ideas, en los giros modulados del aire, que cantan con melancólica poesía una elegía y un poema, exaltadas por la grande pasión del genio que doraba con su fulgor sobrehumano los dogmas inmutables de la ciencia en sus altos principios y agrandaba embelleciéndolos los campos refulgentes del Arte en su variada y espléndida manifestación. Cayó muerto, privado del latido poderoso que sostiene y alienta los dulces movimientos de la vida, y todavía parece que su glorioso estro, vagando con las esencias íntimas del alma en su memorable recordación, nos proclama las maravillas de su grandeza intelectual, que abarcaba anchos espacios, anchos espacios morales, donde se feun- daban y crecían, al calor de su purísimo sentimiento de natural y grande artista, los indeterminados gérmenes de la idea en su vaga aparición misteriosa, cuando brota original, con todos los llenos de sus hermosas arrogancias, esmaltadas de nuevas y sorprendentes bellezas no sospechadas, como los varios esmaltes del rocío en que la luz rompe su purpurino prisma sobre las corolas de las flores, con un suspiro de la brisa que las besa y un vapor de aromas que las envuelve, mientras entona su salmodia la lengua vibrante del arroyo á sus pies. Cayó muerto; pero semeja á las resonancias de eterno eco que siempre repercutiera, la oración grandiosa, que de sus labios manaba como un copioso raudal de perlas bullidoras y de espumas blancas, se filtra sutil por los oídos, y en las conciencias adormecidas por un pesado letargo de indiferencias aviva brillantemente las llamas fulgentísimas del ideal redentor, que llena su propio molde con trabajo y virtud—pues la misma cosa son en admirable metonimia—y calma la crugiente tempestad en la muchedumbre desoreída, ciega por los fatales arrebatos de la ignorancia, que es sombra, espesa sombra, haciendo posible un consorcio fraternal de las almas en universal acorde, y consagrando en el amor, en los puros fuegos del amor que lamea con divina luz, la social convivencia de los pueblos en el planeta.

¡Harto sé que un Aquiles necesita de un cantor como Homero y que un Eneas necesita de un poeta como Virgilio, y harto sé, por tal misma razón, que para hablar de un modo correspondiente á la altura de nombre tan preclaro como el del eximio Castelar, no basta la humildad y confesada pobreza de mi escaso saber, que á tanta llega solo la buena voluntad del temerario empeño juvenil!

Castelar bajó á la tierra con su cuerpo, material envoltura que infinitamente se transforma en la química de la gran Naturaleza; pero su espíritu eternal, misteriosa esencia de luz centelleante que irradiará perennemente en las conciencias con un esplendor de siglos, palpita todavía en la vida inmaterial de la Historia, con las palpitaciones sublimes del genio, que de la tierra gana, por infinitos vuelos, la morada perdurable.

Los acentos melódicos de su voz, llena, potente, vibrantisima, matizada con las tonalidades más exquisitas de una gamma desconocida hasta por él, que no acertaba exactamente á medirse en su inmensa grandeza; su lumínico pensar, que era elevación constante del alma á lo grande, en transfiguración de verdadero dios olímpico, con la serenidad augusta reflejándose en la dilatada frente, como para recibir en su amplitud innumerales mundos de ideas, y la más leve contractura en sus labios, que tantas bellezas expresivas han modelado con primoroso laboreo; la actitud suya, original y típica, de orgullo soberano, cuando

se tendían con prodigiosa tensión sus nervios excitables en descargas de electricidad atronadora, relampagueando en fulminaciones apocalípticas terribles su espíritu providamente creador; su cabeza esférica y proporcionada, con las hermosas gallardías de la curva en el astro celeste, la cual se agitaba en los movimientos de un acompasado balanceo, revelando la interna superior armonía que predominaba ingénitamente á las facultades de su profundo ser, en el pensamiento que vuela vibrando entre las combas de la onda sonora y que se traza con la inmovilidad del signo perpetuado por la línea escrita... todo, todo constituía en él, don celestial, pasión arrobadora y magistral unión de una virtud sin límite. Su grandeza no era una grandeza de la tierra, y á Dios fué como en retorno de magníficos dones.

Las grandes ideas, las altísimas inspiraciones, los geniales arrebatos desordenados, esas sublimes cimas del humano espíritu, donde se sienten los convulsos horrores del vértigo que llama al abismo—por ser espejismo del propio yo, más hondo y atrayente que todos los abismos—abstraen la esencial y deliciosa belleza de las cosas y de los misterios, aunque destruyéndose cruelmente la palpitante entraña que late en el organismo; porque las creaciones espirituales son partos dolorosísimos que sacuden con estremecimientos horribles todo el ser, pues ni el dislocado corazón pudiera soportar en su recio estrecho los inmensos latidos del inmenso sentimiento, ni la pobre limitación del material espacio del cerebro pudiera tam poco contener, sin quebrarse, á la divina centella del pensamiento fecundamente creador, que abarca con su impalpable vuelo hasta los orbes en sus parábolas rutilantes.

Todo talento sobrenatural es una enfermedad en una entraña—nos dijo él, en histórico deslumbrador período, llamando «epilepsia del alma» al genio—y así fué, que la misera enfermedad hincó su garra desornada en aquel soberbio atleta de la idea, de la idea grande, radiante y hermosa, la cual brotaba envasada en la cadencia rítmica de su placidísima palabra, suave como un blando murmullo entre las hojas, melodiosa como una inspirada sonata trovadoresca, delicado y penetrante como un inabarcable amoroso suspiro de cándido manco; más ¡ay! que el pobre microbio no supo lo que hacía, minando aquella vida preciosísima que compendia, en inigualada síntesis de concertada armonía, toda una exquisita sensibilidad, fácil al reflejo de la emoción más tenue, todo un entendimiento altamente comprensivo, toda una vivaz fantasía, soñadora romántica de grandes ensueños, y toda una artística palabra, que era al par, luz y color, fundidos en un bazo indefinible, miel y aroma, volando en espiral por los aires como un incienso, la ciencia infinita de un arte invisible, que no podemos ni adivinar ni comprender, la suprema expresión de la elocuencia maravillosa de los siglos, encarnada por prodigio divino en un gran ser humano.

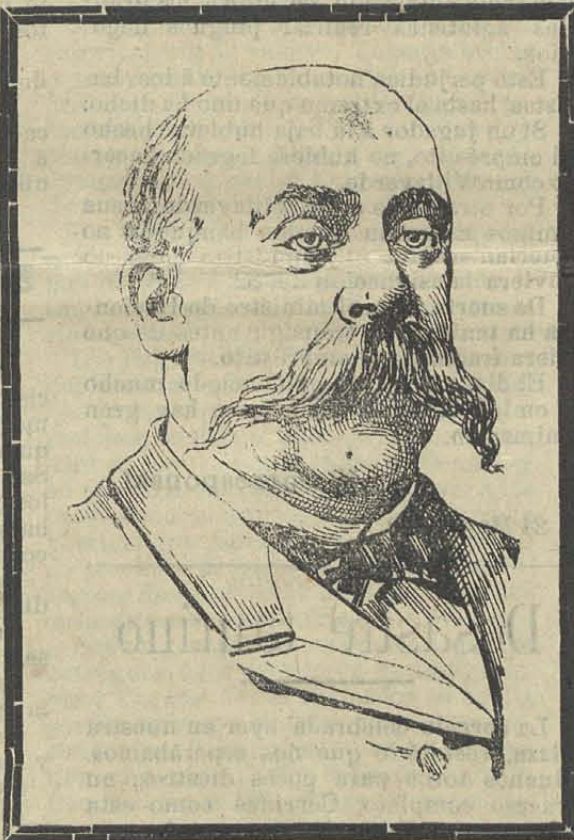
Las ideas, con su oculto rescoldo, fueron quemando insensiblemente aquella grande alma, porque las ideas, pálidos destellos de una inmaterial hoguera relumbrante, vivifican, fortalecen, inviran; pero también agostan lentamente los sanos retoños de la vida en sus florecimientos, con la ardiente quemadura de un impalpable fuego. La grandeza de su genio era una pesadumbre ociosa para un organismo, siempre tan pequeño, y su cuerpo necesitaba rindiéndose en flaqueza y torturado por las graves torturas del mal de muerte. Faltóle calentafuero para provocar los súbitos encendimientos de la célula que chispeaba con incedido resplandor en su cerebro, y sangre nueva para impulsar con ritmos vigorosos la vida fisiológica de su corazón; mas aún brillaban por los íntimos senos de su alma, en esas sagradas soledades del recuerdo confuso, los bellos angustiosos crepusculos de una eterna despedida, poblada de tristezas, cuando entre cortara la agonía los alientos lentos y pausados de su desmayado pecho, que ansiaba beber oxígeno á raudales, ansioso por la vida tan dulce para todos, como inmortal para él la muerte...

Castelar decía sus párrafos delicados, vibrando la maravillosa arpa de su espíritu al soplo celeste de la inspiración genial, como aquel que siente un dolor y exhala un gemido. Era tan espontáneo, tan natural, que no se pueden menos de venerar, en su poética prosa inimitable, el secreto de una infatigable dicha como la del Adán genesiaco, la inefable virginidad del candor. ¡Virginidad castísima, hechizo del alma, éxtasis del arte, á donde no llega ninguna delicia del mundo.

Castelar no ha vivido, no, en esta baja esfera de aquellas prosaicas é impuras

realidades que manchan cuanto tocan y lo ennegrecen, porque su alma ha reposado aspirando siempre los benditos soplos de la altura, paseándose idealmente por entre los grandes cuadros de la ple-tórica Naturaleza, vagando con la admiración suspensa sobre los abismos del pensamiento, por entre los magestuosos pasajes de una interminable Historia, llena y plagada de providenciales prodigios, espaciándose con los francos enterrecimientos de la pura emoción estética, hondamente sentida y expresada elocuentemente, por entre las memorables tragedias de la gran Humanidad empapada por un religioso vaho de lágrimas, con una corona punzadora por todo símbolo de sacra redención, también inmolada en su oruentísimo altar de todos los humanos sacrificios.

Castelar ha vivido libre del polvo que levantan tumultuosamente las ciegas pasiones las cuales discurren en tromba gigante de un polo á otro polo, aventando lo creado en infernal vorágine de levaduras malas, porque ha vivido alimentado espiritualmente del ideal en su inmaculada luz, en los mundos que había creado con su propio genio; y cuando estos mundos brotan creados como al soplo recién salido de la palabra divina, en la primera mañana de la Creación, caótica y muda, el pobre ser, indeficiente y débil, ya no respira en esta baja atmósfera del mundo, porque vive prendido al infinito por las ideas, en anticipada visión de los cielos, sintiendo sobre sí la plenitud de Dios que agita con la inspiración su alma, pues que la ineligenia, cargada de vastos y profundos conocimientos, es más preciosa y más preciada y más envidiable que todo un cielo engalanado con sus azules mantos de zafiro,



sus blancos encajes de nebulosas y sus rojas lámparas de estrellas como espléndidos soles.

En las magníficas obras, en los discursos inolvidables, en todo lo que ha vibrado de su labio melodioso ó ha surgido en la blanca cuartilla al rasgueo nerviosísimo de su pluma áurea, se advierte sensiblemente la vasta erudición clásica, que nos pinta, en descripción narrativa con tinta de arrebol, sus admirables impresiones ante la mágica Parthenope, la tierra donde parecen vagar los inspirados acentos de las antiguas églogas y como que los montes repiten el eco inmortal de las dulcísimas zampañas de Virgilio, y los animales y las plantas se transforman embellecidos al pensamiento con las metamorfosis cantadas por Ovidio, perdurables en la tradición de las edades; ante la gran Necrópolis romana, las famosas catacumbas, pobladas de religiosas sombras, que parecen misterios, donde culebrean los fuegos fatuos en fantásticos espectros y crece enlazada la yedra al jaramago obscuro, junto á la ceniza que blanquea de mondados huesos, verdadero infierno de palpables tinieblas que llevan las emociones del asombro al ánimo; ante la celebérrima Capilla Sixtina, donde un genio portentoso destiló en pinceladas magistrales un arte más portentoso todavía, un arte de divina locura, que hace surgir, en confusión nebulosa de inmensa bóveda desierta, sibilas griegas que hablan, romanas vírgenes que rezan, tritones que se encañitan, profetas que se extasían, sátiros que danzan, bacantes estremecidas en la orgía, fáunos discurriendo por los apaibles lagos, apóstoles que destellan un nuevo evangelio de sus mentes inmaculadas, ángeles que baten celestemente sus alas albas, silfos y bestias, criaturas y dioses, todos los informes seres gigantes que las varias cosmogonías han creado en la historia de todas

las edades, como un poema efílico de in-comunicable hermosura, que nos produce el infinito escalofrío de lo sublime...

Muéstrase Castelar grande, universal, portentoso, inmenso, cuando nos habla del Vaticano monumental y de sus mayestáticas pomposas ceremonias, del carácter personal de los Papas que cifraron el deslumbrante anillo, y de sus varios cambios sucesivos y sus deca-dencias y engrandecimientos pasados, que brillan á los ojos del fervoroso creyente, enrojecidos por el misticismo; cuando nos relata los metafísicos coloquios de aquel pálido monge armenio, sobre las misteriosas contradicciones de la naturaleza humana y los indefinidos progresos del espíritu en la escala de la ciencia y de la idea; cuando nos pone de relieve, con plástica frase, á la encantada Atenas, evocadora de tantos recuerdos inmarchitos, que se engarza en los mares como arrullada dulcemente por entre los bellos coros de las islas griegas; cuando nos encomia á la gentil Venecia, bañada en un rosado cristal de aguas móviles como espejuelos, que surcan las pasadas góndolas por los canales de la romántica ciudad; cuando nos habla de Florencia, la ciudad de los recuerdos y de los amores, de Bolonia, la ciudad música, de Pisa, la ciudad muerta; y cuando, en fin, hace surgir con hermosos paralelos ó en vivos contrastes, por maravilla de sus creaciones asombrosas, las más grandes figuras de la humanidad, trayendo á la memoria y á la admiración, así como fundidos, á los clásicos recuerdos de la musa de Virgilio, y á los trazos terribles del pincel de Miguel Angel, que espanta al mundo con su prodigiosa cabeza del Moisés; y al fastuoso emperador Tito con el célebre Papa Alejandro Bor-gia; y á Nerón con Domiciano, que se glorían con un incendio de infernales iras por toda corona de magestad; y á Alejandro con Napoleón, puras encarnaciones del genio conquistador y guerrante; y á Sócrates con Platón, cristalizados seres en los idealistas filosóficos del académico Pórtico griego; y á Tiberio con un Augusto, gangrenas chorreantes mal tapadas con los andrajos de una púrpura imperial; y á Isafas con Ezequiel, las dos apariciones terribles que iluminan inefablemente las admiradas páginas de un inmenso libro que se llama la Biblia; y á Lutero con Calvino, los dos ortodoxos creyentes, fatalmente descarrilados de la creencia por el error, que al sentimiento mata y al alma ensombrea; y á San Bernardo con Savonarola, un santo que enseña y un mártir que muere; y á Spinoza con Fichte, los dos pensadores alemanes de una anticuada filosofía radicalista, secadora de todo lógico proceso, que se remonte de un salto á la esperanza; y á Píndaro, el cantor de las odas líricas, con Anacreonte, el de las melifluas y dulzuras; y á Fidias con Praxiteles, los dos creadores inspiradísimos de una estatuaría palpitante y solemne; y con San Ignacio de Loyola á San Francisco de Asís, restauradores benditos del reinado espiritual de la gracia y de la fé, apóstol austerísimo el uno de las regeneradoras penitencias, y el otro serafín encendido en los amores divinales; y á Garibaldi, conrasta materialización este hombre de la exelsa libertad, con el gran Abrahám Lincoln, que redimiendo esclavos, consagra almas cristianas en los democráticos bautismos de la santa igualdad entre los hombres, hermanos todos; y con Petrarca al Dante, los dos idealizantes místicos del casto amor en páginas gloriosas; y á Horacio con Homero, la gran personificación gentilica; y á Milton con Tasso, ciego y pobre aquel, opulentísimos los dos en sus creaciones imborrables; y con el Ticioano á Murillo, los celebrados sumos artistas de las delicadísimas penumbras; y á Colón con Camoens, los dos aventureros de ignotos continentes, que componen un poema en la tierra y en el libro; y á San Alberto el Grande con Santo Tomás de Aquino, iluminados entendimientos refulgentes, con serenos albores de aurora, que fundan famosa escuela científica, apoderándose absolutamente del nebuloso espíritu de los tiempos medios; y á Byron con Shakespare, los dos gigantes de una literatura colosal; y á Bopp con Grimm, los dos sabios lingüistas del humano verbo, que brota del labio henchido de un inmortal espíritu; y á Copérnico con Galileo, que exploran los senos inmensurables del espacio, sintiendo rodar la tierra como un globo bajo sus pies conmovidos; y á Calderón con Cervantes, que doran esplendorosamente la fase literaria de un siglo inolvidable; y á Voltaire con Rousseau, los dos abortos incomprensibles de una naturaleza monstruosa; y con Demóstenes á Mirabeau, los dos sostenedores titánicos de una elocuencia que no acaba; y á Mozart con Bellini, los dos preciosos secretos de una armonía celestial, que escuchamos embelesados, en la tierra; y á Lope con

Góngora, que crean un propio estilo inconfundible y establecen una característica tendencia en el teatro y en la poesía; y á Lamartina con Fenelón, que dejan una estela de plácido centelleo en los fastos humanos; y á Ríos Rosas con Moreno Nieto, que hacen temblar la parlamentaria tribuna bajo las conmociones de su inflamada palabra elocuentísima...

Y de tal modo, la portentosa inteligencia de Castelar anima y mueve á toda la Humanidad y á toda la Historia, y contrasta hombres y tiempos, uniendo al paganismo con la edad de los Césares, á la primitiva civilización informe con la cristiana floreciente, á los ocultos de la Edad Media desapareciendo ante las auroras del Renacimiento que llegaron en crecientes vislumbres, al clasicismo de las gallardas formas con el romanticismo de las pulquérrimas idealidades y al mundo pasado con el moderno mundo progresivo en la unificación grandiosa de la conciencia universal humana, en lo que todo se relaciona y anima mutuamente, tocándose en las comunicaciones inenarrables de los manes del genio, reflejados en la historia eternal, arca veneranda que adoramos en la religión del alma, á la que sirve de santa corona la religión de los dolores redentora.

Fué eminentemente célebre por todos sus actos públicos; memorabilísima aquella desgraciada noche, cuando las desbordadas turbas populares pretendían asaltar el inviolable Palacio de las Leyes, en medio de un ensordecedor griterío y del entre las siniestras descargas que enrojeciendo los aires sembraban pánicos y suscitaban, su enérgica figura, poseída del difícil valor en tal peligro, se destaca ingente y alíva desafiando la inminencia de un trance mortal, y con aquellas poderosas rosas palabras, infundidas de la pasión vivificadora, que era el aroma de su pensamiento, de «matadme á mí, pero dejad á estos que vienen conmigo» la rona multitud se paraliza espantada, pues que en esos instantes solemnes, la virtud prestigiosa de su palabra se ennoblecía, se magnificaba y por desconocido impulso se levanta á la hermosa dictadura en las conciencias, que acata el pueblo reverente, sobrecojido por un pasmo de emoción inexplicable.

Cantor perpétuo de la libertad, esa elevada expansión de las almas en sus derechos providenciales, un nímbo de libertador lirismo latía tan poderoso en sus arengas, en sus invocaciones, en sus escritos, que semejava, propiamente, verdaderas estrofas robustas y redondas.

Su soberano espíritu era tan amplio para sus vastas memorias, condensaba en sí tanto recuerdo hermoso, reunía y sintetizaba tanta esparcida belleza en la admirable concentración del prisma psíquico de su fantasía pasmosa, donde todo giraba arrebolado con las resplandecientes tintas de risueña alba de Mayo, volaba tanto por los espacios ideales sobre la intangible cabalgadura de su pensamiento gallardamente corredor, que parecía como que estaba presente á un mismo tiempo en los solitarios boscajes del Asia, bajo un sol de los trópicos ardiente, en los susurradores manigales de la feráz América, al borde de los indios mares ceñidos con grecas de perlas y festones de nácares como espumas de nieve, ó á las orillas sonantes de las rientes lagunas pontinas, bajo las redondas bóvedas de árabe mezquita, grabadas con signos inteligibles de sacras sentencias mahometanas, ó envuelto en los primorosos encajes de la piedra, convertida en canto soberbio y triunfal de la Alhambra gigantesca, ó escuchando gemir los besos de las áuras, en sensibles cadencias rotas y tiernas, por los frondosos huertos de la valenciana vega opulentísima, ó los quejumbrosos vagidos de la melancólica gaita en danza, por las selvas y vallecillos y alquerías pinetorescas, como filigranas caprichosas de japonés abanico por las gallegas nevadas tierras; porque en su hermosísima palabra, lira y paleta al par, donde se tienden con bellas armonías éteras como lores del iris y aladas notas del pentágono, se conjuntan maravillosamente, enlazados por la imaginación reproductora, líneas severas, ojivas caladas, horizontes rojos, verduras movidas de oleaje, balnearios de pasión ardientísima, remembranza de típica cantata, todo lo que es vida plena, desbordada y caliente, y forma nervio en el alma mater de los alegres pueblos del embriagante Meridión; ¡qué grande es la palabra, qué grande, qué musical, qué hermosa, pero qué inmensamente divina!

Para nosotros, pobres y escasos del necesario juicio crítico, el genio coloso de Castelar tenía innatamente un doble concreto aspecto, que consistía en la perfecta creación de la forma, esculpida y modelada como con buril de artista, también en la perfecta creación del espíritu vivificador é informante de la cosa creada como con llama vital, concepto substancial de profundo subjetivismo y con tanto modelado de objetividad arrobadora